



XXIX Encuentro Anual del ICOM
XV Encuentro Regional del ICOM LAM
“Museología e Historia: Un campo de conocimiento”

ICOFOM - 29th Annual Meeting
ICOFOM LAM – 15th Regional Meeting
“Museology and History: A field of knowledge”

MUSEOLOGÍA E HISTORIA: UN DIÁLOGO NECESARIO

Nelly Decarolis - Argentina

El hombre, en resumidas cuentas, no tiene naturaleza, lo que tiene es ... historia.

Ortega y Gasset, Historia como Sistema

Cada cosa tiene su tiempo, su contexto y su razón de ser, de acuerdo con las complejas motivaciones del momento histórico en que se encuentra. Baste recordar que uno de los mayores logros culturales del ser humano en su afán de trascendencia es su capacidad de recibir y transmitir mensajes del pasado a las generaciones presentes y futuras. Para lograr este objetivo, es necesario rescatar la función de la memoria, inscrita en la preservación de las huellas, allí donde lo tangible y lo intangible se aúnan y superponen en la realidad de los testimonios de la creatividad humana que documentan el paso del hombre por la historia.

La memoria nos permite ver en perspectiva actos, vivencias y reacciones a lo largo de nuestras historias de vida. Sin embargo, a menudo los recuerdos se confunden y una falsa realidad reemplaza a la verdad de un pasado que siempre se considera mejor al evocarlo. Mucho antes que Husserl, ya Dilthey señalaba la posibilidad del “olvido”, de fracturas en la memoria colectiva (voluntarias o involuntarias) que hacían que los contenidos ideales de la conciencia no se encontraran siempre disponibles para los sujetos. Aún así, creía Dilthey que esos contenidos se pueden reconstruir a partir de los vestigios materiales de una cultura. Y aquí Dilthey manifiesta su idea del carácter objetivo de los sentidos que se cristalizan en los objetos culturales. Es de esta idea que nace la tradición hermenéutica contemporánea y el importante historiador alemán Reinhart Koselleck retoma el concepto diltheyano, ya incluyendo el giro “lingüístico” de su maestro, Hans-Georg Gadamer.

Las fuentes habituales de investigación y consulta del historiador son los archivos, los testimonios de lo que se ha dicho y escrito y los vestigios materiales e inmateriales de cada civilización, esenciales para la reconfiguración del tiempo, ya que permiten recuperar el pasado con las complejas motivaciones de cada momento histórico. Siguiendo un camino paralelo al de la historia, la museología extiende su cometido a la totalidad del patrimonio cultural. *La exégesis del patrimonio es al propio tiempo la explicación de la vida integral del hombre sobre la tierra, narrada a través de los hechos y objetos producidos a lo largo de los siglos, conservados y transmitidos de generación en generación hasta nuestros días.*

Si a esos hechos y objetos materiales, tangibles, les adicionamos el factor de inmaterialidad presente siempre en todo quehacer humano, aquello que le otorga valores, vemos que los acontecimientos de un ayer más o menos lejano, se descubren a partir de las huellas que han permanecido en el tiempo y el espacio. Y aquí surge la fuerza del museo, lugar de memoria capaz de recuperar e interpretar esas huellas. Es ni más ni menos que ir a las fuentes en pos de la recuperación del pasado con la mirada puesta en el porvenir.

Ante la evidencia de esos testimonios, testigos de un momento dado de la historia, los mitos se derrumban y muchas verdades asoman a nuestros ojos. Es así como el estudio científico de un objeto o documento textual confrontado al contexto histórico supuesto, debería incluso servir como una anticipación esencial de la conducta venidera, tratando siempre de comprender y apoyar la búsqueda de lo nuevo sin fragmentar nuestra herencia cultural. Se ha dicho que las grandes controversias que suscita permanentemente la historia nos recuerdan que sigue siendo el marco de apuestas primordiales en las que no se juega tanto el pasado en cuanto tal como las grandes elecciones del presente.

Es imposible concebir el pasado sin hacer referencia a otros momentos del tiempo: en primer término, ese presente desde el cual se evocan los acontecimientos y se vislumbra el futuro. Ese futuro al que corresponde aquello que aún no ha tenido lugar, ese futuro que es tan sólo el tiempo de las posibles realizaciones sobre las cuales se cierne siempre la amenaza de la no ocurrencia... Y allí, donde el pasado se imbrica en el presente, la narración del historiador constituye la mediación indispensable para ligar el “espacio de experiencia” con el “horizonte de expectativas”. Son éstas las formas propiamente históricas de la temporalidad que indican las diversas maneras de vincular presente, pasado y futuro. El distanciamiento progresivo que se produce entre el “espacio de experiencia” y el “horizonte de expectativas” determina una “aceleración” del tiempo histórico, característica de la modernidad.

Entre los temas más discutidos del pensamiento teórico del siglo XX, le corresponde un lugar muy destacado al “tiempo”. Los análisis de sus diferentes “significados”, de su compleja estructura y sus relaciones con el espacio son capítulos fundamentales de la cultura de este siglo. Del mismo modo, son capítulos fundamentales en el pensamiento museológico contemporáneo que no deben perderse de vista cuando se debaten temas teóricos de gran trascendencia, temas que se constituyen, finalmente, en sustento de la acción.

Braudel, por ejemplo, articula su arquitectura en torno a tres temporalidades: el *acontecimiento*, el *tiempo conyuntural y cíclico* y la *larga duración*, distinguiendo así distintos niveles en el tiempo.

Paul Ricoeur, en sus trabajos sobre el tiempo, redescubre la doble dimensión de la historia, al englobar con el mismo vocablo francés *narración* y *acción narrada*. Dice asimismo que “...su configuración pasa por la narración del historiador de tal modo que el ‘espacio de experiencia’ y el ‘horizonte de expectativas’ se condicionan uno a otro”. (P. Ricoeur, *Temps et récit*).

Por su parte, Koselleck está estrechamente asociado a la “historia de los conceptos”, donde se discriminan los diversos niveles de temporalidades de la realidad social y sus interrelaciones. Considera el historiador alemán que los conceptos históricos, portadores de experiencias y expectativas, están anclados en el campo donde nacieron, para subsumir una multiplicidad de significaciones en relación específica con el lenguaje, que condicionado por los contextos sociales o políticos en que se encuentra inserto, sirve como poderoso vehículo de identificación de un grupo social y su destino.

El pensamiento museológico marca un vínculo esencial entre acontecimiento y lenguaje (oral o visual), donde hoy día prevalece un enfoque hermenéutico, un régimen de veracidad propio del contacto con el pasado. Es a la manera de un contrato de verdad que desde Herodoto y Tucídides liga tanto al historiador como al estudioso de la museología con su objeto de estudio y es de primordial importancia para oponerse a todas las formas de falsificación y manipulación del pasado. He aquí otro punto de contacto entre museología e historia.

La interpretación del tiempo histórico tiende al diálogo generacional. La interpretación del tiempo del museo, también. Basándose en la hermenéutica filosófica, que ha ampliado sus fronteras extendiéndose —entre otros rubros— a la historia, al arte, a la jurisprudencia, la museología actúa sobre el presente, reabriendo el pasado y analizando sus potencialidades, haciendo valer los derechos del saber narrativo histórico en su sentido originario, ese saber que nos acerca a las cosas que siempre son “relativas” y a la vida del hombre, que transcurre en un tiempo y un espacio dados. La hermenéutica filosófica es una corriente de pensamiento donde importa más que la ley en sí misma, la capacidad de adecuarla al “hecho”; donde cuenta la intuición y la facultad de distinguir el momento oportuno; la mediación más que el rigor de la argumentación. La hermenéutica ha incursionado también en el campo de la “episteme” demostrando el carácter “no absoluto” de este saber al exhibir las múltiples verdades de los diferentes saberes.

Existen mecanismos de percepción y de aprehensión selectiva de la realidad, condicionados por un orden social que valoriza, clasifica, relaciona e investiga. Es como un juego dialéctico donde se oponen sistemas ideológicos y donde los diferentes grupos sociales captan y organizan los hechos de acuerdo con sus propias normas, donde cada individuo es portador de una historia singular ubicada en la historia general de un país, de una región, de una civilización y es a la vez deudor de todo un acontecer cultural que abarca desde los hábitos alimentarios y los utensilios de la vida cotidiana hasta los ideales más elevados de quienes lo precedieron. El hecho que adhiera o no a esos valores, no excluye que sea su depositario y su transmisor, ni que en él palpite la necesidad de legar a sus descendientes la cultura heredada: historias de vida, costumbres, convicciones, tradiciones, mitos y creencias, manifestaciones artísticas... Lo material y lo inmaterial; la totalidad de un patrimonio integral del que no puede ni debe renegar.

Al reconocer la realidad, el individuo actualiza los valores y trata de detener simbólicamente el paso del tiempo, encargado de borrar las huellas del pasado; dispone y localiza los sucesos recordados, no se limita a revivir experiencias, las reconstruye... Una indescriptible conjunción de sentimientos lo impulsa a la reflexión sobre el origen y el fin último de los productos materiales e inmateriales de su creatividad y cada elemento se constituye en el nexo que vincula la materia con la lógica derivación de sus significados.

Sin embargo, el siglo XXI lo encuentra desorientado frente a un mundo en brusco proceso de cambio. Nuestra sociedad, heredera de culturas milenarias, no ha podido evitar el resurgimiento de antiguos problemas ni la emergencia de otros nuevos, tanto o más graves que los anteriores. Esta crisis pone de manifiesto la necesidad de modificar espacios y contenidos desde los cuales se crean y difunden los valores de la vida, permitiendo al hombre desarrollar capacidades para conservarlos y transmitirlos.

En estas breves palabras he procurado hacer algunas reflexiones que se entrelazan con conceptos ampliamente compartidos por el pensamiento museológico contemporáneo: memoria, autenticidad, verdad, causalidad, tiempo, espacio, olvido, finalidad... Son ellos partes constitutivas de una pluralidad de temas que conducen a evaluar el grado de necesidad de establecer un diálogo permanente y compartir espacios del conocimiento que hoy ya son comunes a la historia y a la museología. Porque tanto una como otra ofrecen al estudio y la investigación numerosos puntos de contacto capaces de conformar un área importante del conocimiento donde ambas disciplinas entrecrucen en la acción sus campos de pensamiento, uniendo esfuerzos frente a los múltiples desafíos que plantea la hora actual.

Córdoba, octubre de 2006